



CUENO,

He aquí la historia
de una niña viviente
y los motivos de su alegría

TONINA, QUE HA ENTRADO
HACE POCOS DÍAS AL SERVICIO
PARTICULAR DE MARÍA-BEL, LLEGA,
CON EL BLANCO UNIFORME,
QUE REALZA SU NATURAL
ATRACTIVO, A DISPONER LA ME-
RIENDA...

El cielo, de un azul claro y uniforme que apenas interrumpe la mancha de una nube, parece amparar con su manto toda la extensión que abarca la vista.

La sierra de Guadarrama se extiende ante los ojos de doña Dolores, que sentada en un butacón de mimbre, acondicionado para mayor comodidad con almohadones de cretona, contempla desde el amplio jardín la cinta de la carretera, abriantada por la goma de los neumáticos de mil automóviles.

Dos o tres pueblecitos, casi escondidos entre las desigualdades de los montes, parecen tener como misión única la de romper con la nota roja de sus tejados la sinfonía parda del panorama, en el que se confunden la tierra parda, la piedra, parda también, y las casitas, que por estar hechas con piedra apenas destacan del árido conjunto.

La tarde mediada sume a la Naturaleza en un sopor que invita al sueño. El rumor tenue de las hojas, movidas de cuando en cuando por un soplo de viento suavísimo, y el zumbido de los insectos que revolotean en el aire, borrachos de sol, son los únicos ruidos que alteran la paz de la Naturaleza. Cuando un auto pasa rápido por la carretera, el ruido del motor es algo insólito, fuera de lugar, y su marcha vertiginosa es como una fuga en busca de escenario más apropiado a sus proezas: la Naturaleza es calma y armonía y rechaza las precipitaciones sin objeto.

Doña Dolores deja transcurrir el tiempo, imbuída por la calma del ambiente.

Llegó hace pocos días, buscando un sedante para sus nervios agotados, y cada vez se alegra más de haber alquilado ese «chalet» en plena sierra, desviado de la carretera general, donde poder olvidar temporalmente la agitación y los rumores de la capital y recobrar la energía perdida.

María Isabel, sentada en el suelo bajo la fronda de un plátano, lee una novela, respetando el sopor de su madre.

El cartero se detiene ante la verja, y con un afectuoso «buenas tardes» llama la atención de la muchacha, que ágilmente se pone en pie y acude a recoger la carta que le entrega por entre los barrotes. Sentada otra vez a la sombra, procede a abrirla y enterarse de su contenido. Manolo le dice, entre otras cosas, que, próximo a regresar a Madrid el doctor X. de quien es ayudante, ha obtenido permiso para ausentarse quince días y que irá a pasarlos a la sierra, a la posada o albergue más próximo al lugar donde se aloja la chiquilla más bonita..., etc., etc., y la chiquilla esa sale corriendo en dirección a la casa, sin más objeto que desgastar el exceso de vida que hay en su cuerpo esbelto, y que ahora despierta ante la perspectiva de la visita de Manolo.

María-Bel se marcha, pasada la hora pesada del calor, a dar su paseo favorito.

Atraviesa la carretera y se interna monte adentro en dirección al pomposamente llamado río. En realidad no pasa de arroyo, y en ese tiempo, en pleno verano, apenas se arrastra entre las piedras con un rumor suave de regato; más abajo se embalsa en una hondonada del terreno y acopia agua suficiente para que laven en él la ropa las mujerucas del pueblo.

María Isabel gusta sentarse en una piedra de la orilla y aun de descalzarse las sandalias y mojarse los pies, mientras contempla plácidamente el correr del agua entre los cantos.

Se le acerca Tonina.

—Muy buenas tardes, señorita Isabel.

—¡Hola, Tonina! ¿Lavaste ya?

—Ahora termino.

Se ha sentado sobre otra peña y ha puesto al lado un cesto lleno de ropa que acaba de recoger, seca y blanqueada por el sol.

—Mucho trabajas—le dice María-Bel.

—¡Qué va uno a hacer!—contesta la muchacha—. Y acto seguido viene la confidencia, precursora de una petición hace días proyectada. El tra-

bajo agotador, lavando la ropa de la única posada del pueblo; siempre en el río, aun en invierno; comiendo poco y frío, para llevar a la madrastra unas pesetas con que mantener a los hijos de ella y sin la satisfacción de comprarse un vestido decente con que ir a bailar el domingo a la plaza.

—Todo para ella, señorita; antes esa ropa la lavaba ella; pero desde que hace dos años se casó con mi padre, la ropa la lavo yo, y el jornal es para ella. Yo quisiera salir del pueblo; irme a trabajar a otra parte, donde el pan que como me lo dieran de buena gana y donde no la oyera reñir con mi padre ni hablar mal de mi hermano, que está en el servicio, pero que vendrá y sufrirá como yo al ver a mi padre en manos de ella, que no lo quiere; que se casó porque tenemos un huerto y una casa, pero no nos quiere a ninguno.

María-Bel trata de animarla. ¿No será que ella ve las cosas peor de lo que son? Si tratara de hacerse querer... Pero Tonina no la deja terminar.

—Yo la habría querido si ella fuera buena. A sus hijos los quiero, y ellos a mí; pero a ella no la puedo ver; le habla mal de mí a mi padre, que cada vez me mira peor. Todo lo quiere para ella, para sus hijos; yo siempre seré una esclava. Y de eso quería hablar a la señorita. Si la señorita me lleva, me voy con ustedes a Madrid. Mi padre me dejará ir, sabiendo con quién.

María-Bel la oye entristecida. Compara la vida de la pobre Tonina con la suya propia, y siente como un remordimiento de ser tan dichosa. Nada le falta. Tiene a su madre y un bienestar que le permite satisfacer sus deseos. Es bonita, esbelta, fina y tiene simpatías en todas partes, y además tiene novio...

—¿No tienes tú novio—pregunta a Tonina.

La muchacha se pone un poco colorada; pero contesta francamente a la pregunta:

—Sí, señorita.

—¿Pues por qué no te casas? Eso solucionaría todas tus penas. Una vez en tu casa y fuera del dominio de tu madrastra serías feliz, y no necesitarías salir de aquí ni separarte de tu padre.

Tonina mueve la cabeza con desaliento.

—Es que ella tampoco quiere que me case. No tengo más que dieciocho años, y cuenta con que trabaje para ella aún siete u ocho. Si hablo de casarme, mi padre no me dejará, y el novio que tengo es también joven y gana poco, sólo un jornal no muy grande: el reñir con ellos sería la miseria para siempre, porque ella no dejaría que mi padre me perdonara.

—Entonces tienes razón. No hay más remedio que salir de aquí. Yo te ayudaré. Hablaré con tu padre antes de que ella se entere, y te dará permiso para venir conmigo. Yo me casaré pronto y te enseñaré, para que seas mi doncella; creo que no te arrepentirás.

Tonina quiere besarle las manos. Hasta tal punto le alegra la perspectiva de vivir cerca de María-Bel, a la que quiere y admira, a pesar del poco tiempo que hace que la conoce. Pero hay simpatías instantáneas, y ella quiso a «la señorita» desde el momento en que la vio, tan bonita y tan cariñosa, sentada al borde del río.

María-Bel le promete hablar al día siguiente con su padre, después de consultarlo, por pura fórmula, con doña Dolores. Sabe que su madre no se opondrá a la obra de caridad que supone sacar a Tonina del poder de su madrastra.

Están los tres sentados en el jardín. Doña Dolores, en su sitio favorito; y unos pasos más allá, en un banco rústico, María-Bel y Manolo.

Llegó aquella mañana, y hace varias horas que entona al oído de su novia estrofas que a ellos les parecen hasta originales, sin pensar en que Adán y Eva debieron de decirse